

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



*Capilla de San Marcos
Biblioteca Universitaria*

11



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1970

CONSIDERACIONES SOBRE ALGUNOS PASAJES DE LA OBRA
"ASÍ HABLABA ZARATUSTRA" DE FEDERICO NIETZSCHE

LIC. JORGE MONTEMAYOR SALAZAR
Universidad de Nuevo León

FEDERICO NIETZSCHE OCUPA EN LA FILOSOFÍA del presente siglo, un lugar de señalada importancia. Dentro del panorama histórico-filosófico, su meditar se proyecta informando nuevos horizontes y variadas perspectivas. Es su genio, el de un enviado, que pone en convulsión la conciencia del sujeto ante lo aceptado y existente. Su filosofía es la filosofía de la inquietud, del sufrimiento, de la pugna, de la oposición a los viejos cánones y formas de obrar de la humanidad. Su teoría no puede sustraerse del concepto que tiene del hombre y de la existencia. Esta es, para Nietzsche, el despliegue de actividad humana en aras del superhombre. Superhombre es realización plenaria del sujeto en el sentido de la tierra.

El tema de la moral es preocupación que no deja de brillar en la filosofía de este pensador de nuestro tiempo. La moral de Nietzsche aparece con postura severa y agresiva. El contenido de su mensaje moral no se conoce ni se practica. Ello —según él— ha gestado a un hombre repugnante: hipócrita y falso, raquíptico y poltrón. El cree tener un sentido renovado de la moralidad y quiere decir la manera de realizarlo. Su misión es la de un transmutador de valores. Frente a los viejos y paralizantes valores, presenta los nuevos índices de valor, que habrán de informar un diverso actuar de la humanidad. En oposición al "deber ser" exalta el "yo quiero". Considera, monstruo destructor de la realización humana, a aquél, y a éste —el "yo quiero"— expresión de una voluntad potente y decidida, que va en camino ascendente de superación.

La moralidad se da en aquellos que practicando: el esfuerzo, la lucha, la voluntad de dominio, la vida azarosa, la constancia en su potencia vital; orientan su empeño en la creación del superhombre. El hombre debe ser: amo y señor de su circunstancia. La debilidad, la compasión, el sufrimiento ano-

nadado, la misericordia, la consideración, la piedad; son, entre otros —para Nietzsche— antivalores que inhiben al hombre en el ejercicio de una voluntad plena y dominante. La acción de la voluntad, en el sentido de realización, debe expresarse sin ningún condicionamiento. Todo obstáculo a la determinación personal es, en la moral nietzscheana, motivo de crítica y ataque.

Nietzsche, enjuicia toda moral sacada de los datos de la naturaleza o de las indagaciones y sutilezas de la especulación. Se tiene que tener un concepto de la vida que informe la actitud moral. La vida para Federico Nietzsche es lucha en la que el hombre participa. En ella se exige entereza y energía. Esta obligación, de desplegar una acción vencedora, requiere, según él, una cierta dosis de malicia y de crueldad. Las invenciones del “espíritu puro” y del “bien”, son consideradas como dogmatismos en agonía. La filosofía nietzscheana, respecto al tema de la moral, es encontrar una región, en donde la conducta humana escape, en su expresión, “más allá del bien y del mal”. Bien y mal no parecen tener más relación, que la de permitir, en un caso óptimamente y en otro de manera acicateada, la realización humana. Mientras el bien es el conjunto de condiciones propicias para dicho fin, el mal es aquello que sirve de acicate a la superación y el vencimiento.

En Nietzsche se advierte un ataque reiterado a la Moral, que no puede asimilar y que desprecia. Sin embargo, y aquí se da un aspecto paradójico, Nietzsche —destructor de la Moralidad— pregona una nueva moral con fe inaudita. La libertad, el esfuerzo y la voluntad son potentes dinamismos en la creencia moral. El hombre debe ajustar sus acciones a una tarea de superación y logro personal.

Así hablaba Zaratustra, es considerada como una obra de aportación. De su texto, plasmado por un maestro del estilo, se desprenden: Luminosas concepciones, implacables críticas, grandes genialidades y sobre todo los testimonios de una personalidad, enigmática y profunda, signada por el dolor y el sufrimiento, por el ansia de trascender, por el deseo de vencer la imperfección humana, por el afán de superar el imponente problema de la nada.

Los pasajes escogidos para hacer el presente trabajo, de exposición y comentario, se localizan en la primera y segunda parte del poema y son los siguientes: De la muerte voluntaria; de la virtud dadivosa; el niño del espejo; de las islas bienaventuradas; de los misericordiosos; la visión y el enigma; de la aventura no buscada; antes de salir el sol; de la virtud que humilla; en el monte de los olivos. En ellos se perfilan los conceptos y las ideas de Nietzsche, sobre: La aceptación y el sentido de la muerte, la trascendencia, la vida como ofrenda, la vocación a la alegría, el tiempo, la eternidad, la voluntad de dominio, el eterno retorno, los valores del sufrimiento y el sacri-

ficio, los antivalores y otros decisivos e interesantes temas que habrán de tocarse en el momento oportuno.

De la muerte voluntaria.

Nietzsche, en esta parte de su obra, hace resaltar el tema de la muerte. El hecho de la muerte representa para él un acontecer de máxima significación. Su actitud, ante ella, no es la del hombre superficial, sino la del consciente y responsable. Hay, en la muerte, un sentido de trascendencia que no puede evadirse o escamotearse. El superficial es aquel que no ha sabido vivir a tiempo; el que ha desaprovechado su vida en lo intrascendente, dejando escapar lo primordial de la existencia. “Morir a tiempo” es sentencia que en boca de Zaratustra se da como mensaje y como preocupación. Sólo podrá morir a tiempo el que haya sabido “vivir a tiempo”. Esta última expresión reclama adecuación de la vida al cumplimiento de su tarea. Ante el drama de la muerte, considerado como el de mayor importancia, caben diversas consideraciones. Para Zaratustra, la muerte debe ser una fiesta, un consagramiento, un triunfo de la realización personal, una victoria. “Yo os muestro la muerte que consagra, la muerte que es un agujón y una promesa para los vivientes. Quien se realiza enteramente muere de su muerte, victorioso, triunfante, rodeado de los que esperan y prometen”.¹ El hombre superior debe testimoniarse en la muerte y en el combate de la vida.

Zaratustra hace un elogio de la muerte voluntaria. Critica toda actitud discordante. Nos dice: “abhorrecible vuestra gesticulante muerte, que avanza arrastrándose como un ladrón y que, sin embargo, viene como dueña. Os hago el elogio de mi muerte, de la muerte voluntaria, que viene a mí porque yo quiero”.²

El tiempo adquiere sentido por su relación con la vida. “Todos cuantos buscan la gloria deben, en momento oportuno, despedirse del honor y practicar el difícil arte de marcharse a tiempo... También hay manzanas agrias, cuyo destino es esperar hasta el último día del otoño. Y llegan a hacerse al mismo tiempo maduras, amarillas y arrugadas. El corazón es lo que envejece primero en algunos; en otros, el espíritu. Y algunos son ya viejos en su juventud”.³ La obra humana se realiza en el ámbito espacio-temporal de la existencia. En la realización de este quehacer el hombre compromete su li-

¹ Nietzsche, Federico, *Así hablaba Zaratustra*, (Biblioteca EDAF No. 14), S/T, Ed. E.D.A.F., Madrid, 1964, p. 70.

² *Ibid.*, p. 71.

³ *Ibidem.*

bertad y su responsabilidad. La autenticidad humana se hará más evidente en la medida en que se despliegue un ejercicio pleno de la libertad personal.

A los de "vida malograda", Zaratustra los incita a probar el triunfo ante la muerte. De ellos dice: "Un gusano venenoso les roe el corazón". La cobardía, la indiferencia, el apocamiento, la falta de empuje y valentía los ha puesto en la vergonzosa situación en que se encuentran. Sus frutos son: la podredumbre y lo agusanado. Una tempestad se hace necesaria para limpiar semejante suciedad. Los predicadores de la muerte zaratústrica harán sacudir el árbol de la vida. "¿Predicáis la paciencia para todo lo que es terrestre? ¿Quién tiene demasiada paciencia con vosotros es lo terrestre, blasfemos!"⁴ Para Zaratustra la vida y la muerte no se malogran si se da una entrega del hombre al devenir de lo terrestre. "¿Que vuestra muerte no sea una blasfemia contra el hombre y la tierra!, ¡oh amigos míos! Tal es la gracia que imploro de la miel de vuestra alma. ¡Que en vuestra agonía, vuestro espíritu y vuestra virtud lancen un último resplandor, como crepúsculo que inflama la tierra! Si no, vuestra muerte os habrá malogrado".⁵ Zaratustra propone una forma de morir, la de él. "Quiero retornar a la tierra para encontrar un reposo en la que me ha engendrado".⁶ Esta meta, por alcanzar, la señala a todos sus discípulos. Con la muerte el hombre queda sujeto a la ley del eterno retorno. Lo que más teme Nietzsche, en su obra, es caer en el nihilismo, quizá por ello, recurra a conceptos imprecisos, al menos para su lector.

De la virtud dadivosa.

Zaratustra, despedido y obsequiado por sus discípulos, les dice que le dejen solo, pues es amigo de las marchas solitarias. El regalo consistía en "un bastón cuyo puño de oro representaba una serpiente enroscada alrededor del sol". La materia áurea del objeto le mueve a discurrir sobre el valor del metal y a relacionarlo con los valores del hombre. "Únicamente como símbolo de la más alta virtud alcanzó el oro el valor máximo. Brillante como el oro es la mirada de quien da... La virtud máxima es la virtud que da... Discípulos míos: vosotros aspiráis, como yo, a la virtud dadivosa... Tenéis sed de transformaros, vosotros mismos, en ofrendas y regalos. Por eso tenéis sed de acumular todas las riquezas en vuestras almas. Vuestra alma es insaciable para desear los tesoros y las joyas, porque vuestra virtud es insaciable en ansia de dar. Vosotros forzáis a todas las cosas a aproximarse y a penetrar en vosotros, con el fin de que renazcan de vuestro manantial, como los dones de

⁴ Nietzsche, Federico, *op. cit.*, pp. 71-72.

⁵ *Ibid.*, p. 72.

⁶ *Ibidem.*

vuestro amor".⁷ Zaratustra, reconoce la importancia del valor amor al que considera como el más elevado e integrador. "Es indispensable que tal amor dadivoso se haga el pirata de todos los valores".⁸ La más alta de las virtudes es la de darse y entregarse. Hay una sed de transformación en la actitud amorosa. La riqueza espiritual fluye y refluye en función del amor. En el amor hay un cierto egoísmo, a éste, Zaratustra lo llama "sano y sagrado" en oposición a otro egoísmo "harto pobre y famélico". Este último es el egoísmo enfermo. "Observa con ojos de ladrón todo lo que reluce. Mide con la avidez del hambre a quien tiene abundancia para comer, y se arrastra siempre alrededor de la mesa del dadivoso. Tal envidia es el grito de la enfermedad, la voz de una oculta degeneración. En este egoísmo, la envidia que incita a robar revela un cuerpo enfermo".⁹

En el auténtico amor se da un interés por el bien del ser amado. Se advierte, en el alma, un correlato entre la insaciabilidad del espíritu por obtener y por dar y ofrecerse. Mientras la persona del ser amoroso rebosa vida interior, la acción del egoísta se muestra raquítica y sombría. El egoísta se retuerce en sus deficiencias, vicios e imperfecciones. El hombre superior agranda su talla en la cabal realización de su amor. El amor dirige y orienta la vida del hombre. Absoluto y esencial es el testimonio del amor. La actitud amorosa es una virtud y en la posesión de virtudes se acrecienta el poder humano de realizarse.

El egoísmo nietzscheano es considerado por Eugen Fink como: "El egoísmo rico, el egoísmo que se prodiga, que no quiere conservarse a sí mismo, sino que quiere siempre transformarse en una vida más rica, más plena, más poderosa, en una vida que rebose y que dé a otros de su riqueza, este impulso de la vida humana hacia un poder más alto y superior, la vida creciente, ascendente, esta búsqueda de sí en autosuperaciones y autodomínios siempre nuevos es la verdadera forma de ser del hombre liberado..."¹⁰

Nietzsche, pregona, a través de Zaratustra, la empresa del espíritu elevado. Esfuerzo y poderío son atributos que deben darse en las acciones del hombre superior. La vida le reclama, alcanzar la cumbre de un máximo desarrollo. El peligro de no lograrlo exige una conducta, vigilante y atenta, que venza los obstáculos al logro de tal fin. La meta es la altura y para llegar a ella es necesario que el alma desborde de riqueza y capacidad. "Cuando el alma dadivosa está ausente caemos en la degeneración. Nuestro camino

⁷ Nietzsche, Federico, *op. cit.*, p. 73.

⁸ *Ibidem.*

⁹ Nietzsche, F., *op. cit.*, pp. 73-74.

¹⁰ Fink, Eugen, *La filosofía de Nietzsche*, Tr. Andrés-Pedro Sánchez Pascual, Ed. Alianza Editorial, Madrid, 1966, p. 103.

se dirige hacia las alturas, de la especie a la superespecie".¹¹ Las virtudes son para Zaratustra, los símbolos de elevación a la superespecie. "Nuestro sentido se eleva hacia las alturas. Así se convierte en el símbolo de nuestro cuerpo, el símbolo de una elevación. Los símbolos de estas elevaciones llevan los nombres de las virtudes".¹² El cuerpo es el escenario en donde la vida del espíritu se hace presente.

La virtud debe alcanzarse en el empeño y la dedicación. "Cuando vosotros mismos os eleváis por encima de la alabanza y de la censura, y cuando vuestra voluntad, la voluntad de un hombre que ama, quiere dirigir todas las cosas, ahí está el origen de vuestra virtud. Cuando despreciáis lo que es agradable: el lecho blando; y cuando para reposar, nunca os consideráis lo suficientemente lejos de la molición, ahí está el origen de vuestra virtud".¹³ No ignora lo agradable pero ama la dureza. Preconiza una vida dura, templada por los rigores.

Haciendo breve silencio, Zaratustra, recordó a sus discípulos, su fidelidad a la tierra. "¡Permaneced fieles a la tierra, hermanos míos, con todo el poder de vuestra virtud! ¡Que sirvan al sentido de la tierra vuestro amor y vuestro conocimiento! Os lo suplico y os lo encarezco. ¡No dejéis volar a vuestra virtud lejos de las cosas terrestres!... ¡Ay! ¡Hubo siempre tanta virtud extraviada!... ¡Devolved a la tierra, como yo lo hago, la virtud extraviada! ¡Sí, devolvedla al cuerpo y a la vida a fin de que proporcione a la tierra su sentido, un sentido humano!"¹⁴ El espíritu y la virtud deben realizarse en función del amor a la tierra. En seguida, Zaratustra, lamenta la postura de heredero que el hombre tiene. "Es peligroso ser heredero. Palmo a palmo todavía luchamos con el gigante azar y hasta impera la sinrazón sobre toda la humanidad".¹⁵ El hombre soporta una herencia —valorativa— que Nietzsche pretende transmutar.

La exigencia de una nueva axiología y las posibilidades de realización del "sí-mismo", le llevan a delirar sobre las potencias vitales del ser humano. Hay que renunciar a la herencia de siglos. Es menester pregonar y realizar la virtud terrenal. Cree señalar nuevos y orientadores caminos a sus discípulos. El saber y el trabajo científico purifican y elevan el cuerpo. "Debéis ser creadores", creadores de nuevos valores. Creador es el que transforma su existencia. "La idea básica es ahora la doctrina de la voluntad de poder. Pero ésta no se introduce de repente; Nietzsche no salta a una idea nueva. La deduce de lo anterior. El hombre transformado, el hombre hecho niño,

¹¹ Nietzsche, Federico, *op. cit.*, p. 74.

¹² *Ibidem.*

¹³ *Ibidem.*

¹⁴ Nietzsche, F., *op. cit.*, p. 75.

¹⁵ *Ibidem.*

es el creador. El es el hombre auténtico, el hombre esencial. Naturalmente, el 'creador' no significa el hombre de trabajo, sino el hombre que juega creando, que dicta valores, que posee una voluntad grande, que se marca una meta, que se aventura a trazar un nuevo proyecto. Para el creador no existe un mundo ya listo y lleno de sentido al que ajustarse sin más. Se relaciona de manera originaria con todas las cosas, renueva todos los criterios y todas las estimaciones, establece una vida humana nueva en su integridad, existe 'históricamente', en el sentido más alto de esta palabra, es decir, creando".¹⁶

En la concepción nietzscheana el mundo y el hombre mismo son algo que todavía no está descubierto. Es necesario que se les descubra. Que se realice en ellos el sentido de la existencia material. Cuando esto suceda la presencia del superhombre estará más próxima que nunca; dejará de ser un fantasma, para convertirse en una realidad. Se avizora una iluminada esperanza. "Ha de llegar el día en que la tierra será un lugar de salud. ¡Ya la envuelve un nuevo aroma de salvación y esperanza!"¹⁷

Zaratustra invita a sus discípulos a alejarse de él y a encontrarse a sí mismos. "Poco agradecimiento se tiene para un maestro cuando siempre se permanece discípulo".¹⁸ Les habla entusiasmado en el gran mediodía que habrá de llegar y que les unirá en la máxima aspiración: el superhombre. "El gran mediodía será cuando el hombre se encuentre a mitad de camino entre el animal y el superhombre y celebre como su esperanza suprema su marcha hacia un nuevo mañana. Entonces el hombre bendecirá su ocaso, porque tras él ha de surgir una nueva aurora y el sol de su conocimiento llegará al mediodía".¹⁹

El niño del espejo.

En *El niño del espejo*, Nietzsche, nos habla del regreso de Zaratustra a la montaña. Al igual que un sembrador que una vez arrojada la semilla se retira a esperar el fruto, Zaratustra, piensa que quizá pudo dar más de lo mucho que puede darles a sus discípulos. "Nada hay tan difícil como cerrar con amor la mano abierta y avergonzarse de dar".²⁰ Un día, Zaratustra, se levanta sobresaltado pues ha visto en sueños a un niño que le muestra un espejo para que se contemple. En el espejo no ha visto su rostro, sino la imagen del demonio. Tratando de interpretar la imagen reflejada, sos-

¹⁶ Fink, Eugen, *op. cit.*, p. 105.

¹⁷ Nietzsche, Federico, *op. cit.*, p. 76.

¹⁸ *Ibidem.*

¹⁹ Nietzsche, Federico, *op. cit.*, p. 77.

²⁰ *Ibidem.*

pecha que su doctrina está en peligro de ser afectada por sus enemigos. "La mala hierba pretende ser trigo".²¹ Su preocupación es la de un visionario. Su personalidad se exalta. Su pensamiento se proyecta con la energía y vitalidad de una fuerza cósmica. "Como un torrente desborda de impaciencia mi amor". El amor a su doctrina le hace sentirse más angustiado. "Mi alma se agita en los valles, abandonando las silenciosas montañas y las borrascas del dolor... Todo yo me he convertido en una boca, en el bramido de un río que cae desde las altas peñas. Quiero hacer caer mis palabras sobre los valles... Hay en mí un lago, un lago solitario, ¡pero el torrente de mi amor lo arrastra con él hacia el llano, hacia el mar... Cual grito de júbilo pasaré sobre los anchos mares hasta encontrar las islas bienaventuradas donde residen mis amigos..."²² Respecto de sus enemigos que pretenden perjudicarle él arguye: "Yo quiero que mis enemigos se imaginen que es el espíritu del mal el que desata su furia por encima de sus cabezas".²³ Es el momento del león. El momento de la salvaje sabiduría. "Mi salvaje sabiduría ha sido fecundada sobre las montañas solitarias... ¡Ella quisiera depositar lo más caro que posee, amigos míos, sobre el blando césped de vuestros corazones: sobre vuestro amor!"²⁴

De las islas bienaventuradas.

Zaratustra, habla de sus enseñanzas. "Cual higos maduros caen sobre vosotros mis enseñanzas... Os he enseñado a decir: superhombre... ¡Quizá no lleguéis a serlos vosotros mismos, hermanos míos! Pero, vosotros podríais transformaros en padres y ascendientes del superhombre. ¡Que sea vuestra mejor creación!"²⁵

Para Federico Nietzsche la misión del hombre es la de ser un gran transformador. "Lo que llamáis mundo ¡habéis de crearlo!; ¡debe ser vuestra razón, vuestra imagen; vuestra voluntad y vuestro amor! ¡Y esto será verdaderamente vuestra felicidad, vosotros que buscáis el conocimiento!... Crear: ésta es la gran liberación del dolor y el consuelo de la vida. Muchos dolores y muchas metamorfosis son indispensables para que nazca el creador... éste es el destino que quiere mi voluntad".²⁶ Nietzsche apunta una doctrina de la voluntad y la libertad. Desliga el querer humano de todo imperativo ca-

²¹ *Ibidem.*

²² Nietzsche, F., *op. cit.*, pp. 78-79.

²³ Nietzsche, F., *op. cit.*, p. 79.

²⁴ *Ibidem.*

²⁵ Nietzsche, F., *op. cit.*, pp. 79-80.

²⁶ Nietzsche, F., *op. cit.*, pp. 80-81.

tegórico. El señorío de la voluntad se da en relación a las posibilidades del propio "quiero". "Todos mis sentimientos sufren en mí y están prisioneros. Pero mi querer llega siempre como liberador y mensajero de alegría. El querer liberta: esta es la verdadera doctrina de la voluntad y la libertad".²⁷ Zaratustra-Nietzsche tiene alegría de engendrar y de llegar a ser. La idea del superhombre, aunque en sombras, le ha prendado por su belleza.

Eugen Fink, comentando lo anterior, nos dice: "La imagen del superhombre permanece por el momento indeterminada. Pero Nietzsche traza una línea de aproximación a él al caracterizar ciertas formas previas y ciertos precursores de ese hombre perfecto y sano al que ha denominado superhombre. Este va siendo así determinado indirectamente sólo por referencias... El hombre, como puente hacia el superhombre, se da en aquellos precursores que Nietzsche menciona: los grandes despreciadores, los que se ofrendan a la tierra, los concededores, los trabajadores e inventores, los que aman su virtud y sucumben con ella, los pródigos de alma, los pudorosos de la felicidad, los que castigan a su dios, los de alma profunda, los muy ricos, los espíritus libres. Por así decirlo, Nietzsche liba la miel de múltiples flores raras del jardín humano. En todos los precursores se encarna y prefigura el superhombre. Pero lo que en tales tipos se encuentra desparramado, en él está todo junto..."²⁸

De los misericordiosos.

Zaratustra no simpatiza con los misericordiosos que buscan la beatitud en su piedad. "Si es menester que yo sea misericordioso, por lo menos no deseo que se diga que lo soy".²⁹ Cuando se obra mejor el hombre se regocija. Una profunda alegría le aviva y fortalece. "Cuando aprendamos a regocijarnos mejor, olvidaremos entonces hacer el mal a los demás e inventar dolores". Zaratustra sabe "dar, en amigo, a los amigos... Recojan por sí mismos el fruto de mi árbol los extraños y los pobres: esto es menos humillante para ellos". Hay que saber ofrecer y dar sin producir ultrajes a quien recibe el beneficio. El hombre noble debe imponerse la obligación de no humillar a los demás.

Los pensamientos mezquinos y las malas acciones son vicios que postran al hombre. "La mala acción es como una úlcera: desazona, irrita y hace erupción; se expresa francamente. 'He aquí: soy una enfermedad'. Así se expresa la mala acción: ésta es su franqueza... el pensamiento ruin es pare-

²⁷ Nietzsche, F., *op. cit.*, p. 81.

²⁸ Fink, Eugen, *op. cit.*, p. 98.

²⁹ Nietzsche, F., *op. cit.*, p. 82.

cido al hombre: se sustrae, se oculta y no quiere estar en ninguna parte, hasta que todo el cuerpo queda roído y marchitado por los pequeños hongos".³⁰

"Hay quienes llegan a hacerse transparentes para nosotros; pero todavía no es esta una razón para que podamos penetrar en sus designios".³¹ Hay en la persona un ámbito de intimidad intransferible. La comunicación con los demás debe darse con firmeza y amistad. El respeto y aprecio propio deben ser el punto de partida para el trato con los "próximos". "Yo me ofrezco a mi amor y a mi prójimo como a mí mismo, así hablan todos los creadores. Y sin embargo, todos los creadores son duros".³² Al amigo hay que brindarle la ayuda que le sea útil y necesaria.

La visión y el enigma.

Embarcado, rumbo a su tierra, Zaratustra mueve —con su presencia— el interés de los pasajeros que curiosamente buscan su palabra. El escuchar narraciones extraordinarias, que frecuentemente se cuentan en los largos viajes, y el saber la misión de aquel barco, destinado a navegar por ignotos y misteriosos lugares, le mueven a hablar, después de dos días de silencio y de tristeza. Su espíritu está siempre alerta a la aventura inquietante.

Su voz, tonificada por el ambiente de aquellos que en la embarcación le acompañan, pronuncia pausada y profundamente la visión del enigma que ha visto, la visión del más solitario. Su auditorio se compone de aventureros y audaces exploradores. En ellos advierte los valores que a él le animan: la astucia, la búsqueda ebria de empresa, la inconformidad y rebeldía ante los caminos rutinarios.

Inicia la narración de la visión diciendo: "Ultimamente he atravesado el pálido crepúsculo con semblante duro y sombrío y con los labios apretados. Más de un sol se me ha ocultado. Un sendero que subía con insolencia a través de montones de escombros, un sendero perverso y solitario que ya no quería ni hierba ni matorrales, un sendero de la montaña gritaba bajo el reto de mis pies. Caminando, mudos, sobre el burlón crujir de los guijarros, aplastando la piedra que los hacía resbalar, mis pies pugnaban por subir. Más alto, resistiendo al espíritu que los atraía hacia abajo, hacia el abismo, al espíritu de pesadez, mi demonio y enemigo mortal".³³ El camino proyectado hacia el futuro es incierto, sombrío y duro. El sendero existencial exige

³⁰ Nietzsche, F., *op. cit.*, p. 83.

³¹ *Ibidem.*

³² Nietzsche, F., *op. cit.*, p. 84.

³³ Nietzsche, F., *op. cit.*, pp. 142-143.

del hombre seriedad y cuidado. La vida debe ascender en su camino por la existencia. Zaratustra lo hace sobre una ruta inquietante y solitaria. Los guijarros del camino hacen lo suyo para dificultar la marcha hacia la elevación. La realización de la existencia encuentra reiteradamente, obstáculos, metafóricamente señalados en este pasaje de la obra nietzscheana. A pesar de todas las contingencias los pies de Zaratustra siguen su camino. El espíritu de pesadez susurraba en tono burlón razones que turban la mente del sabio: "¡Oh Zaratustra, has arrojado muy lejos la piedra...; pero ella volverá a caer sobre ti!" No haciendo caso de esto, Zaratustra nos dice: "Subí, subí más, soñando y pensando; pero todo me oprimía. Me asemejaba a un enfermo a quien fatiga la esperanza de su sufrimiento y que una pesadilla despierta de su primer sueño. Pero en mí hay algo que yo llamo valor: es lo que, hasta hoy, ha hecho callar en mí toda protesta".³⁴ La esperanza es vista no como paz beatífica sino como preocupación. La angustia se hace presente mientras no se alcanza lo deseado. El valor, nutre su esperanza de realización. Lo mueve a tratar de alcanzar la superación a la que aspira. Podrá lograrlo si vence las dudas que el espíritu de pesadez, pretende imponerle.

Zaratustra, valor en mano, se enfrenta al malsano ataque de ese ser, enviado del abismo, que se le muestra extrañamente compuesto: mitad enano y mitad topo, paralizado y paralizador. Su oposición se inicia con la consideración que hace respecto del valor y el dolor humano. Impulsador, éste último, de muchas de las grandes cosas que el hombre ha realizado en su esforzada existencia. La voz del sabio resuena disyuntivamente y se escucha: "¡Enano! ¡Uno de nosotros dos debe desaparecer: tú o yo! Porque el valor es el mejor matador, el valor que ataca; pues en todo ataque hay un alarde. El animal más valeroso es el hombre: por eso ha vencido a todos los animales. Al son de su alarde ha dominado todos los dolores; mas el dolor humano es el dolor más profundo".³⁵ La vida es, para Zaratustra, riesgo, peligro, abismo que el valor humano debe vencer. "¡O yo, o tú! Pero yo soy el más fuerte de los dos... ¡Tú no conoces mi más profundo pensamiento! ¡Ese no sabrías llevarlo! Ocurrió entonces que el enano saltó de mis hombros, lo que me alivió de su peso... Pero en el lugar donde nos habíamos detenido se hallaba, como por casualidad, un pórtico. ¡Mira este pórtico, enano!, dije. Tiene dos rostros. Aquí se reúnen dos caminos; nadie los ha recorrido hasta ahora totalmente. Esta larga calle que desciende, esta calle se prolonga durante una eternidad. Y esta larga calle que sube es... otra eternidad. Estos caminos se contradicen, chocan el uno contra el otro, y es

³⁴ Nietzsche, Federico, *op. cit.*, p. 143.

³⁵ *Ibidem.*

aquí, en este pórtico, donde se reúnen. El nombre del pórtico aparece grabado en un frontis: se llama 'instante'.³⁶

Eugen Fink, considerando el sentido del espíritu de la pesadez, nos dice en su obra: "El espíritu de la pesadez anula todo proyecto y lo hace descender. La visión del abismo del tiempo y, en consecuencia, de la caducidad de todos los proyectos produce un efecto paralizador, produce 'vértigo' al pensador que piensa las supremas posibilidades del hombre. A la vista del tiempo infinito se hace manifiesto que todo sentido es un sinsentido, que todo riesgo es inútil; toda grandeza se vuelve aquí pequeña. El espíritu de la pesadez, que aquí es concebido como el conocimiento de la infinitud del tiempo, impide que la existencia salga auténticamente al espacio abierto de la amplitud cósmica. La infinitud vacía nos repele. Así como la fuerza de la pesadez, de la gravedad, agota, consume y, en última instancia, anula toda fuerza finita del que arroja algo hacia arriba, así hace también la fuerza infinita del tiempo con todas las fuerzas finitas de autosuperaciones humanas que transcurren dentro de su cauce".³⁷

La obra humana se hace en el tiempo. El tiempo es conjunto de instantes en donde el hombre habrá de decidir la vía de desarrollo vital que prefiera. El instante es, ese momento invitativo en que debe de decidirse lo que se desea. Superación o retroceso. Alegría o pesimismo. Realización o sojuzgamiento. Cabe señalar, por otra parte, que la elevación del hombre, en el plano existencial, no le libera de soportar las tentaciones del "espíritu de la pesadez". ¡Alerta! debe ser la actitud del hombre ante la indiferencia, la abulia, la ociosidad, la poltronería, la inseguridad, el temor y todo aquello que en la axiología nietzscheana, constituya un antivalor. Toda sugerencia tentadora debe ser rechazada con decisión y entereza.

El instante representa y constituye —para Nietzsche— parte de un tiempo eterno que nos precede y que nos trasciende. Antes y después de nosotros el tiempo ha sido y será eterno. "Desde este pórtico del momento retorna hacia atrás una larga y eterna calle. Detrás de nosotros hay una eternidad. Todo lo que es capaz de correr, ¿no debe haber recorrido ya esta calle? Todo lo que puede suceder, ¿no debe ya haber sucedido, acontecido, pasado? Y si todo lo que es, ha sido ya... Este pórtico, ¿no debe también haber sido antes de ahora? Y todas las cosas, ¿no están condenadas de tal manera que este instante atrae en pos de sí a todas las cosas del porvenir? Por consiguiente... también a él. Todo lo que es capaz de correr, ¿no debe seguir por segunda vez esta larga ruta que ascienda?... ¿no es preciso, acaso, que todos hayamos sido ya aquí? ¿No debemos nosotros volver y correr nueva-

³⁶ Nietzsche, Federico, *op. cit.*, p. 114.

³⁷ Fink, Eugen, *op. cit.*, p. 122.

mente por esta calle que asciende ante nosotros, por esta larga y lúgubre calle? ¿No es preciso que eternalmente retornemos?"³⁸ Se presentan, en lo escrito, aspectos fundamentales del esquema nietzscheano sobre el eterno retorno.

Voluntad de poder y eterno retorno son ideas que se hallan entrelazadas en este apartado: "De la visión y del enigma". La voluntad de dominio se plasma en la intención y acción de continuar el camino de la vida. La vida debe ser orientada hacia el acabamiento de las aspiraciones humanas, en el contorno de lo cósmico. Se exalta la potencia vital de la naturaleza. El eterno retorno plantea el problema de la infinitud del tiempo respecto a la existencia finita del hombre. Con esto se crea un gravísimo problema. El sentido trágico de la vida se hace presente y Zaratustra se inquieta con sus propios pensamientos. Eugen Fink —indagador y estudioso de Federico Nietzsche— comenta esta cuestión, diciendo: "Esto tiene un sentido antinómico peculiar. El hombre futuro, tal como lo concibe Nietzsche, es un hombre que quiere con voluntad grande, que se da a sí mismo y a los demás, en la medida que puede, una configuración, un perfil fijo; es decir, quiere algo determinado, una meta finita. En la medida en que quiere esto excluye otras cosas. La voluntad es siempre limitación. Pero el que quiere conoce al mismo tiempo la limitación, la finitud de su poder. En su apertura el eterno retorno conoce el sinsentido último del sentido querido por él. La voluntad de poder y el eterno retorno están relacionados por una extraña contradicción, por una contradicción que no afecta a su verdad, sino que es precisamente la verdad radical de la vida, la contradicción de la vida misma. La voluntad es, por así decirlo, la fuerza moldeadora que quiere una figura; pero en el retorno el tiempo finito es concebido en su circulación, que traga y devuelve todas las figuras, es concebida la vida que fluye; ésta se cierra siempre en figuras, pero, por ser lo infinito, elimina de nuevo éstas. El hombre que está bajo la disciplina, es decir, bajo la educación de las dos verdades de la voluntad de poder y del eterno retorno, se halla determinado por el phatos trágico, por una duplicación y antagonismo singulares. La voluntad de poder quiere forma. El eterno retorno destroza todas las formas. La voluntad de poder se proyecta al futuro; el eterno retorno convierte todo futuro en repetición y, por tanto, en pasado. Es preciso tener en cuenta esta tensión antinómica de las dos ideas básicas de Nietzsche si se quiere comprender la imagen del hombre que nos presenta..."³⁹

Fink, por otra parte, señala una aparente contradicción respecto de la eternidad del tiempo. Resulta antagónico, al carácter unitario del tiempo,

³⁸ Nietzsche, Federico, *op. cit.*, pp. 144-145.

³⁹ Fink, Eugen, *op. cit.*, p. 248.

hablar de eternidad del pasado y eternidad del futuro. "¿Dos veces el mismo tiempo? ¿No es esto un absurdo? Para Nietzsche-Zaratustra es de aquí de donde cabalmente se deduce la doctrina del eterno retorno de lo mismo. Todas las cosas, todo lo intratemporal, todo lo que transcurre dentro del tiempo, tiene que haber transcurrido ya siempre y volver a transcurrir una vez más en el futuro, si es que el tiempo es, como pasado y como futuro, el tiempo total. El retorno de lo mismo se basa en la eternidad del curso del tiempo. Todo tiene que haber existido ya, todo tiene que volver a ser".⁴⁰

Comentando el eterno retorno nietzscheano, Fink nos dice: "La idea del retorno tiene dos aspectos, por así decirlo. Se la puede ver preponderantemente desde el pasado o desde el futuro. Si todo lo que ocurre es sólo repetición de lo anterior, entonces también el futuro está fijo, no hace más que repetir lo que ya ha sucedido; entonces no hay verdaderamente nada nuevo bajo el sol. Inmutablemente transcurre el futuro, ya fijado de antemano. Toda acción, todo atrevimiento es absurdo y vano, pues todo está ya decidido. Pero también se podría decir a la inversa: Todo está todavía por hacer; tal como nos decidamos ahora, nos decidiremos constantemente en el futuro; cada instante posee un significado que trasciende la vida individual; no sólo pone su impronta en el futuro abarcable, sino también en todo futuro de repeticiones venideras. En el instante reside el centro de gravedad de la eternidad".⁴¹

La doctrina del eterno retorno provoca una inquietud crítica en la conciencia del hombre. ¿Qué papel juega él en el giro interminable del tiempo? ¿De qué manera está comprometido? ¿Cuál es su sentido y tarea en el camino de la vida? ¿Trasciende, su ser, la envolvente neblina del eterno retorno? Comentando la idea del eterno retorno y la forma de resolver la angustia que provoca, Fink nos dice: "Cuando Zaratustra había llevado tan lejos sus interrogativos pensamientos escuchó un grito, y encontró un pastor a quien se le había introducido en la garganta una culebra. Esto significa: la idea del eterno retorno, simbolizada por la culebra, se desliza, como asco que produce ahogo, en la boca del hombre; es una idea que produce asfixia. Si todo vuelve, entonces, evidentemente, todo impulso del hombre es inútil; el camino escarpado hacia el superhombre es una locura absurda, pues entonces retorna también una y otra vez el hombre pequeño y miserable; todo atrevimiento y toda osadía es en vano. Con más agudeza que lo hacía antes el espíritu de la pesadez, la idea del retorno contradice ahora a la voluntad de poder y a la autosuperación de la vida... Zaratustra le dice al pastor que muerda la cabeza a la serpiente que está en su boca. Lo hace, y entonces

⁴⁰ *Ibid.*, p. 125.

⁴¹ Fink, Eugen, *op. cit.*, p. 126.

tiene lugar una transformación del pastor... El superar, el resistir la idea del eterno retorno, produce la transformación decisiva de la existencia, trae consigo la transformación de toda seriedad y de toda pesadez en la ligereza, en la sobrehumana ligereza de la risa".⁴² Creo que la superación de la angustia nietzscheana no se logra, auténticamente, en el mero trascender la idea del eterno retorno.

De la aventura no buscada.

Abrumado y enigmático, Zaratustra cruzó el mar. Dominado su dolor, se enfrenta de nuevo a su destino. Solo frente a la naturaleza alaba la felicidad, que en forma de partículas, baja del cielo a beneficiar a las almas de la luz. Esperanzas y tareas realizadas hacen vivir en su pensamiento la alegría del instante feliz. Los hijos de la esperanza no se hallarán espontáneamente. El sabio Zaratustra predicó las ideas del superhombre, a sus discípulos, para depositar en ellos el germen ideológico del nuevo hombre. Zaratustra debe formar a los hijos de su esperanza. "Estoy, pues, en el centro de mi obra, yendo hacia mis hijos y volviendo de entre ellos; es preciso, que, por sus hijos, se realice Zaratustra a sí mismo. Porque únicamente se ama desde el fondo del corazón al hijo propio y a la propia obra; y allí donde existe un gran amor de sí mismo, es esto signo de fecundidad: esto es lo que he observado. Todavía florecen mis hijos en su primavera, cerca los unos de los otros, sacudidos al mismo tiempo por el viento: éstos son los árboles de mi mejor terreno, de mi jardín".⁴³ Los hijos de la esperanza zaratústrica deben de realizarse en la soledad, el orgullo y la prudencia. Flexibilidad en la dureza, firmeza en la voluntad, silenciosidad en la acción, generosidad en el dar, son rasgos que deben probar la raza y el origen de estos hijos y compañeros de Zaratustra. Para que todo esto se alcance, el sabio pensador, debe sufrir y lograrse previamente. Su amor por sus hijos le mueve a ello. Espera el momento oportuno para obrar en consecuencia. Advierte que su mensaje a roto las tumbas del quietismo y la indiferencia. Sin embargo, lamenta no tener la decisión y audacia del león para destruir todo lo que es menester. El espíritu —entorpecedor— de la pesadez es el responsable de este lamento. No obstante, dice, la victoria será la señal de mi triunfo y realización. El instante es, para Zaratustra, motivo de inquietud, anhelo y preocupación. La empresa que todavía no concluye pero que prosigue animosamente depende del aprovechamiento eficaz y oportuno del instante. Zaratustra se da cuenta que no puede realizarse plenamente, sin que se realicen

⁴² *Ibidem.*

⁴³ Nietzsche, Federico, *op. cit.*, p. 147.

los hijos de su amor, por ello sufre y pide a la felicidad que contempla, vaya hacia ellos y se ausente de su mirada. Indiferente ante la súplica, la felicidad le invade y le hace feliz. Los rasgos del hombre nietzscheano han quedado barruntados. El amor del genio y del creador reafirma su presencia en las más elevadas creaciones del espíritu.

Antes de salir el sol.

Ver el contenido de este fragmento, como simple desahogo lírico, como júbilo arrebatado de una alma subyugada por la callada belleza del cielo matutino, sería una interpretación muy errónea —nos dice Eugene Fink—. “Las imágenes poéticas de Nietzsche son siempre símbolos de su pensar. Lo que Zaratustra encuentra antes del amanecer es el abismo de la luz, la abierta y resplandeciente amplitud cósmica, ouranos en su esplendor, que hace visibles todas las cosas que se encuentran debajo de él, y las recubre con su bóveda, y reúne y unifica todo lo disperso... El pensador es el hombre abierto al amplio cielo de la luz. La profundidad de su pensar depende de hasta qué punto consigue salir y adentrarse en lo abierto de la luz, que está por encima y brilla más allá de todas las cosas visibles... El cielo que está por encima de todas las cosas en el espacio temporal y el tiempo espacial del mundo. Allí donde el mundo —el mundo que otorga espacio y deja tiempo— se abre al pensar, allí el reino fantasmal del trasmundo suprasensible se diluye, y la interpretación moral y metafísica de lo existente se derrumba... Como eterno retorno, el tiempo es lo eterno”.⁴⁴

En la fuerza cósmica del amanecer, Zaratustra ve, la plena identificación de su filosofía con el mundo de la materialidad sensible, potente y magnífica. El sentido de la tierra se aviva en la vivencia de este espectáculo. En él se dan la belleza y la sabiduría. El fenómeno celeste —en cuanto fuerza cósmica— deja, en Zaratustra, la impresión de ser la fuente de la felicidad. Aceptado el tiempo como eternidad y captado su esplendor, la felicidad se ve explicable en el profeta del superhombre.

De la virtud que humilla.

De nuevo en tierra firme, Zaratustra no va inmediatamente a la montaña, donde le espera su caverna, sino que recorre diversos lugares. “Quería saber qué había sido del hombre durante su ausencia; si había llegado a ha-

⁴⁴ Fink, Eugen, *op. cit.*, pp. 128-129.

cerse más grande o más pequeño”.⁴⁵ Valiéndose de un lenguaje metafórico, nos dice con tristeza: ¡Todo ha llegado a hacerse más pequeño! Por todas partes veo puertas más bajas: el que pertenece a mi especie todavía puede pasar por ellas; pero ¡es indispensable que se humille! ¡Oh!, ¿cuándo retornaré a mi patria donde no me sea obligado humillarme... humillarme ante los pequeños? Y Zaratustra suspiró y miró hacia la lejanía”.⁴⁶ La estrechez de puertas es la condición de concreta realidad, que impone serios obstáculos al éxito de sus ideas más queridas. Es la limitación y la sumisión del hombre frente a las formas de obrar, influidas por la tradición, que él quiere destruir. La ausencia de un clima propicio al nuevo orden le irrita y le hace exponer sus ideas sobre la virtud que humilla. “Camino por entre este pueblo con el espíritu alerta. No me perdonan los hombres que no envidie sus virtudes. Ladrán tras de mí porque digo: Las gentes pequeñas necesitan virtudes pequeñas... ¡Todos hablan de mí, pero nadie piensa... en mí!”⁴⁷ La crítica y el temor se aposentan en todas las personas que evaden todo trato con Zaratustra. “¡Cuidemos que no nos traiga una epidemia!” “¡Alejaos de los niños... Ojos como los vuestros queman las almas de los niños! Cuando hablo, tosen. Crean que la tos refuta a los fuertes vientos”.⁴⁸ El caminante, como se ve, se siente portador de una energía cósmica que todo vence y avasalla. Frente a la respuesta de las gentes: “No tenemos tiempo todavía para Zaratustra”, él expresa: qué importa. Considerado el tiempo como eternidad, poco preocupa esta respuesta.

El anunciador del “eterno retorno” no busca la alabanza sino la aceptación, convencida y entusiasta, a su postura filosófica. “Aun cuando me glorificasen... Su alabanza para mí es un cinturón de espinas; me sigue pinchando aún después de habérmelo quitado... Quien alaba parece que devuelve lo que se le ha dado, ¡pero en realidad quiere que se le dé más!”⁴⁹ La virtud del hombre pequeño es una virtud raquítica, originada en la práctica y ejercicio de una vida comodina y enervada. “Tienen la modestia de su virtud, porque quieren tener sus comodidades”. Esta virtud es la virtud que humilla. “Constituye un obstáculo para los que tienen prisa”. Ve, en los hombres la presencia de virtudes flacas y dañinas. El engaño y la hipocresía brillan por doquier. Dominadores y servidores, someten su existencia, a una valoración hipócrita y endeble. “La curiosidad de mi mirada se ha desviado hacia su hipocresía... En su simplicidad, sólo tienen un deseo en el fondo: que nadie les haga daño. Por eso son corteses para con todos y les hacen bien.

⁴⁵ Nietzsche, Federico, *op. cit.*, p. 153.

⁴⁶ *Ibidem.*

⁴⁷ *Ibidem.*

⁴⁸ Nietzsche, Federico, *op. cit.*, p. 154.

⁴⁹ *Ibidem.*

Pero es cobardía; aunque se le dé el nombre de 'virtud'... Sus virtudes poseen ágiles dedos. Pero carecen de puños: sus dedos no saben ocultarse tras de su puño. Para ellos es virtud aquello que transforma en modesto y domesticado, ellos han hecho del lobo un perro y del mismo hombre el mejor animal doméstico del hombre".⁵⁰ La crítica a las pequeñas virtudes es tajante y demoledora.

Caminando por el pueblo, deja caer sus palabras que sucumben en la indiferencia. "Cuando yo grito: ¡Maldecid a todos los cobardes demonios que están en vosotros y que, complacientemente, gemirán y querrían cruzar sus manos y adorar!; entonces ellos gritan: ¡Zaratustra es impío! Y sus profesores de resignación son los que más gritan... Mi repugnancia es lo único que impide que los aplaste. ¡Pues bien!, he aquí el sermón que he compuesto para sus oídos... Mis semejantes son todos aquellos que a sí mismo se dan su voluntad y que se despojan de toda resignación".⁵¹ "Pero ¡para qué hablar cuando nadie tiene mis oídos! Quiero gritar de este modo a todos los vientos. ¡Cada vez os hacéis más pequeños, pequeñas gentes! ¡Vosotros, que gustáis de vuestras comodidades, os desmigajáis! ¡Acabaréis por perecer... a causa de la multitud de vuestras modestas virtudes, de vuestras pequeñas omisiones, a causa de vuestra menguada resignación permanente. Tenéis demasiadas contemplaciones, cedéis demasiado: ¡de esto está formado el suelo donde crecéis!... Vosotros no prestáis ayuda para tejer la tela del porvenir de los hombres, y vuestra misma nada es una tela de araña y una araña que vive de la sangre del porvenir! Y cuando tomáis es como si robaseis, ¡oh modestos virtuosos!"⁵² El hombre se encamina hacia el futuro y está comprometido en el presente. Zaratustra predica la virtud del amor al prójimo así como el amor a sí mismo. "Amad siempre a vuestro prójimo como a vosotros mismos; pero sed de antemano de los que se aman a sí mismos... de los que se aman con el gran amor, con el gran desprecio! Así habla, Zaratustra, el impío... Soy, entre este pueblo, mi propio precursor, mi propio canto del gallo en las calles oscuras".⁵³ Zaratustra se revela como profeta anunciador de nuevos panoramas. La exaltación del valor amor, aunque engarzado en una actitud filosófica muy especial, nos hace recordar el amor cristiano, superior en sentido y fundamentación.

⁵⁰ Nietzsche, Federico, *op. cit.*, p. 155.

⁵¹ Nietzsche, Federico, *op. cit.*, p. 156.

⁵² Nietzsche, Federico, *op. cit.*, pp. 156-157.

⁵³ *Ibid.*, p. 157.

En el monte de los olivos.

El monte de los olivos es, en el drama de la pasión de Cristo, lugar en donde el sufrimiento de Dios por el hombre se hizo patente. Zaratustra, en su monte de olivos, se refugia cuando la incompreensión, el desprecio e inclusive sus propias lamentaciones le acosan y le punzan dolorosamente. En su monte canta burlándose de toda compasión. La cumbre es el lugar en donde se proyecta la idea del superhombre. El invierno es: frialdad, indiferencia, conformismo, poltronería, vida fácil, desprecio del ideal nietzscheano. Sin embargo, de este invierno, el transmutador de valores, logra obtener lecciones y enseñanzas. Desde los miradores de su monte contempla una humanidad viciada y putrefacta. Practica en invierno la voluntad de dominio y el afán de superación. Siente y aprovecha los grandes silencios iluminados. Así, como la madrugada invernal pide silenciosa iluminación del nuevo día, así, la conciencia del hombre pide la luz en su silencio. En el silencio se fraguan los grandes acontecimientos. Para Zaratustra, el silencio, traiciona menos a los que se conservan claros, honestos y transparentes, que a los astutos y desconfiados.